

XXIV

SAN JOSÉ

Hemos visto al lazzaroni en su vida pública y en su vida privada; le hemos visto en sus relaciones con el extranjero y en sus relaciones con sus compatriotas. Ahora bien, como la incredulidad de Francesco podía hacer formar á nuestros lectores un juicio erróneo acerca de sus colegas, mostraremos al lazzaroni en sus relaciones con la Iglesia.

Un fraile toma un batelero en el muelle.

— ¿Dónde vamos, padre mio?

— Al Pausilipo, dice el fraile.

Y el batelero se pone á remar de mal humor: el fraile jamás paga su pasaje. Por casualidad ofrece un polvo de

tabaco, y nada mas. Sin embargo, nunca se ha oido decir que un batelero haya negado el pasaje á un fraile.

Al cabo de diez minutos siente el fraile algo que bulle entre sus piernas.

— ¿Qué es esto? pregunta.

— Un niño, responde el batelero.

— ¿Tuyo?

— Así se dice.

— ¿Pero no estás seguro de ello?

— ¿Y quién está seguro de eso?

— Vosotros menos que nadie.

— ¿Por qué nosotros menos que nadie?

— Porque no estais jamás en casa.

— Verdad es: felizmente tenemos un medio de asegurarnos con certeza de si el niño es nuestro.

— ¿Cuál?

— Le guardamos hasta los cinco años.

— ¿Y despues?

A los cinco años le hacemos dar un paseo por el mar.

— ¿Y luego?

— Y luego, cuando estamos á la altura de Capri ó en el golfo de Baya, le arrojamos al agua.

— ¡Y bien!

— ¡Y bien! si nada solo, no queda duda acerca de la paternidad.

— Pero ¿y si no nada?

— ¡Ah! si no nada es todo al contrario. Estamos seguros del hecho como si lo hubiésemos visto con nuestros propios ojos.

— Entonces ¿qué haceis del niño?

— ¿Qué hacemos de él?

— Sí.

— ¡Qué quereis, padre mio! como en último resultado no es la culpa del pobre pequeño, puesto que no ha pedido él

venir al mundo, nos zambullimos tras él y le sacamos del agua.

— ¿Y en seguida?

— En seguida le llevamos á casa.

— ¿Y despues?

— Despues le damos su alimento; esto es lo que le debemos, pero en cuanto á su educacion ya es otra cosa; eso no nos concierne. De manera que como comprendéis, padre mio, llega á ser un solemne bribon sin fé ni ley, que ni cree en Dios ni en los santos, que reniega, jura, blasfema; pero cuando cumple sus quince años, cuando ya no es bueno para nada en el mundo, le hacemos.....

— ¿Le haceis qué? veamos, acaba.

— Le hacemos fraile, padre mio.

No vaya á creerse, sin embargo, que el lazzaroni sea volteriano, materialista ó ateo: el lazzaroni cree en Dios, espera en la inmortalidad del alma, mofándose del mal fraile, respeta al buen sacerdote.

Hubo uno que obligaba á los lazzaroni á que hiciesen todo lo que queria. Este sacerdote era el célebre padre Rocco, de quien hemos hablado ya á propósito del sermon sobre las langostas de mar.

El padre Rocco es mas popular en Nápoles que Bossuet, Fenelon y Flechier juntos lo son en Paris.

El padre Rocco tenia tres medios de conseguir su objeto: la persuasion, la amenaza, los golpes. Primero habla con una unción especial de las recompensas del Paraíso; despues, si el medio no tenia resultado, pasaba al cuadro de los sufrimientos del infierno; en fin, si la amenaza no tenia mas éxito que la persuasion, sacaba un vergajo de debajo del hábito, y sacudia á su auditorio con todas sus fuerzas. Era necesario que fuese muy empedernido un pecador para resistir á semejante argumento.

El padre Roco fué quien consiguió establecer el alum-

brado en Nápoles. Esta ciudad, resplandeciente hoy con el aceite y el gas, con reverberos y faroles, mecheros y lámparas, estaba hace cincuenta años sumida en las mas profundas tinieblas. Los que eran ricos se hacian alumbrar de noche por uno que llevaba hachas; los que eran pobres procuraban hallar el camino de los ricos, y si seguian la misma direccion se aprovechaban de su luz.

Resultaba de esta oscuridad que los robos eran mucho mas frecuentes en aquella época que lo son hoy; lo cual parece imposible, pero no por eso deja de ser la verdad exacta.

Así que la policia decidió el dia menos pensado que se iluminarian las tres calles principales de Nápoles; Chiaja, Toledo y Forcella.

Acaso no eran esas tres calles las que mas prisa corria alumbrar, puesto que eran precisamente las que mejor podian pasar sin alumbrado; pero no se llega del primer golpe á la perfeccion, y por mas que sea una tendencia natural que tiene la policia, la de creerse infalible, está como todas las demás cosas de este mundo, sometida á la vacilacion propia del progreso.

Unos cincuenta reverberos fueron colocados en las tres calles susodichas, encendiéndolos una noche sin haber preguntado á los lazzaroni si les convenia.

Al dia siguiente no quedaba ni uno solo; los lazzaroni los habian roto desde el primero hasta el último.

Renovóse el ensayo tres veces; otras tantas produjo los mismos resultados.

La policia perdió sus ciento cincuenta reverberos.

Llamaron al padre Rocco y le explicaron el embarazo en que se encontraba la autoridad.

El padre Rocco se encargó de hacer entrar en razon á los recalcitrantes, siempre que se le permitiese obrar con ellos á su modo.

La autoridad, satisfecha de verse libre de aquel cuida-

do, dió carta blanca al padre Rocco, quien incontinenti puso manos á la obra.

Habia comprendido el padre Rocco que las calles estrechas y tortuosas eran las que se necesitaba alumbrar primero, y como centro de estas la calle de San José, que daba por un extremo á la calle de Toledo, y terminaba por otro en la plaza de Santa Medina. Hizo, pues, pintar en una pared blanca que estaba á la mitad de la calle próximamente, un magnífico San José.

Los lazzaroni siguieron los progresos de la pintura en la pared con visible satisfaccion. Nos hemos olvidado decir que el lazzaroni es artista.

Cuando la pintura estuvo concluida, el padre Rocco encendió una vela delante de ella; era devoto de San José, y encendia una vela en honor del santo; nada habia que decir de esto. Por otra parte, la vela despedia una claridad muy escasa. A diez pasos de la vela se podia robar, asesinar; se necesitaban ojos de lince para distinguir el ladron del robado, el asesino de la victima.

Al dia siguiente el padre Rocco encendió otra vela; su devocion se aumentaba; tampoco habia nada que decir. Solo que dos velas dieron doble luz que la que da una sola; los lazzaroni comenzaron á observar que habia alguna claridad en la calle de San José.

A los dos dias encendió el padre Rocco la tercera vela. Esta vez se quejaron en voz alta los lazzaroni. El padre Rocco no hizo caso de sus quejas; y como su devocion á San José iba siempre en aumento, encendió al cuarto dia un reverbero.

Ya no habia duda acerca de las intenciones del padre Rocco; la calle de San José estaba á media noche tan iluminada como al medio dia.

Los lazzaroni rompieron el reverbero del padre Rocco, como habian roto los reverberos del gobierno.

Anunció el padre Rocco que predicaria el domingo siguiente acerca del poder de San José.

Un sermon del padre Rocco, era un asunto de grande importancia.

Rara vez predicaba, y siempre en circunstancias supremas; no era un inventor de frases, era un narrador de hechos.

Y como los hechos referidos por el padre Rocco estaban siempre á la altura de la inteligencia de su auditorio, sus sermones producian generalmente una profunda impresion sobre sus ovejas.

Así, en cuanto se esparció la noticia de que el padre Rocco predicaria, todos los lazzaroni se comunicaron unos á otros esta importante nueva; de modo que á la hora señalada para el sermon, no solo la iglesia de San José estaba llena, sino que habia ademas una cola que se bifurcaba sobre los escalones exteriores de la iglesia, y que subia por un lado hasta el Mercatello, y bajaba por el otro hasta la plaza del palacio Real.

Los últimos, como se comprende, no podian oír, pero contaban con la obligacion en que estaban los que oyesen de repetírselo.

El padre Rocco subió al púlpito: en cuanto abrió la boca todos guardaron silencio.

— Hijos míos, dijo, bueno es sepáis que soy yo quien ha hecho pintar el San José que habeis podido admirar en la calle que lleva el nombre de ese gran santo.

— Lo sabemos, lo sabemos, dijeron á coro los lazzaroni.

El padre Rocco, al contrario de una multitud de predicadores, que ponen de antemano la condicion de que no se les interrumpirá, provocaba ordinariamente el diálogo.

— Hijos míos, continuó, bueno será deciros que soy yo quien ha puesto una vela delante de San José.

— Lo sabemos, replicaron los lazzaroni.

- Que soy yo quien ha puesto dos velas delante de San José.
- Tambien lo sabemos.
- Que soy yo quien ha puesto tres velas delante de San José.
- Tambien, tambien lo sabemos.
- En fin, que soy yo quien ha puesto un reverbero delante de San José.
- ¿Y por qué habeis puesto un reverbero delante de San José, cuando no se pone delante de los demas santos?
- Porque teniendo San José muchísimo mas poder que ningun otro en el cielo, debe ser honrado tambien mucho mas que otro alguno en la tierra.
- ¡Oh! dijeron los lazzaroni, un momento, padre Rocco; primero tenemos á Dios, que está antes que él.
- Convengo en ello, dijo el padre Rocco.
- ¡La Madona!
- Perdonad, la Madona es su mujer.
- ¿Jesucristo?
- Jesucristo es su hijo.
- ¿Lo cual quiere decir?...
- Que el marido y el padre están antes que la madre y el hijo.
- ¿De modo que San José tiene mas poder que la Madona?
- Sí.
- ¿Tiene mas poder que Jesucristo?
- Sí.
- ¿Pues qué poder tiene?
- Tiene el poder de hacer entrar en el cielo á todos aquellos que le fueren devotos en la tierra.
- ¿Cualquiera cosa que hayan hecho?
- ¡Oh! Dios mio, sí.
- ¿Aun á los ladrones?
- Aun á los ladrones.

- ¿Y á los bandidos?
- Y á los bandidos.
- ¿Y tambien á los asesinos?
- Tambien á los asesinos.

Oyóse un gran rumor de duda en aquella reunion. Cruzóse el padre Rocco de brazos, y dejó crecer los rumores, disminuir y apagarse.

- ¿Dudais? dijo el padre Rocco.
- Hem, contestaron los lazzaroni.
- Pues bien, ¿quereis que os refiera lo que ha sucedido no hace mas de ocho dias á Mastrilla?
- ¿A Mastrilla el bandido?
- Sí.
- ¿Que ha sido sentenciado en Gaeta?
- Sí.
- ¿Y ahorcado en Terracina?
- Sí.
- Contad, padre Rocco, contad, exclamaron todos los lazzaroni.
- El padre Rocco no esperaba mas que aquella invitacion; asi que no se hizo de rogar.
- Como sabeis, Mastrilla era un bandido sin fé ni ley; pero lo que no sabeis, es que Mastrilla era devoto de San José.
- No, verdad es, no lo sabemos, dijeron los lazzaroni.
- Pues bien, os lo digo yo.
- Los lazzaroni se repitieron unos ó otros: — Mastrilla era un devoto de San José.
- Todos los dias dirigia Mastrilla su oracion á San José y le decia: « Gran Santo, soy tan terrible pecador, que no cuento sino con vos para salvarme á la hora de mi muerte, porque nadie sino vos podria obtener del Dios misericordioso que un réprobo como yo pueda entrar en el paraíso. Cualquiera otro de los elegidos perderia en ello su tiempo. No cuento, pues, mas que con vos, ¡gran San José!» He aquí la oracion que hacia todos los dias.

— Y bien, preguntaron los lazzaroni.

— Y bien, respondió el predicador; cuando estuvo en manos del verdugo, cuando llegó á lo alto de la escalera, cuando tuvo la soga al cuello, pidió permiso para decir una corta oracion. — Se lo concedieron. Entonces repitió su oracion acostumbrada, y al pronunciar la última palabra de ella, sin esperar á que el verdugo le lanzase, saltó desde la escalera al aire; cinco minutos despues estaba ahorcado.

— Yo le he visto ahorcar, dijo uno de los circunstantes.

— ¿Y bien! ¿es verdad lo que digo? preguntó el predicador.

— Es la verdad pura, respondió el lazzaroni.

— ¿Y despues? ¿y despues? gritaron los lazzaroni, que comenzaban á tomar un vivo interés en la narracion del padre Rocco.

— Apenas Mastrilla murió, vió dos caminos abiertos ante él; uno que iba subiendo, otro que iba bajando. Cuando uno acaba de ser ahorcado es permitido no saber lo que se hace. Mastrilla tomó el camino que iba descendiendo.

Mastrilla bajó, bajó, bajó durante un dia, una noche y otro dia; en fin, encontró una puerta. Era esta la puerta del infierno. Mastrilla llamó á la puerta. Apareció Pluton.

— ¿De dónde vienes? preguntó Pluton.

— Vengo de la tierra, respondió Mastrilla.

— ¿Qué quieres?

— Quiero entrar.

— ¿Quién eres?

— Soy Mastrilla.

— Aqui no hay sitio para ti: has pasado tu vida haciendo oracion á San José: vé á buscar á tu santo.

— ¿Dónde está San José?

— Está en el cielo.

— ¿Por dónde se va al cielo?

— Vuelve por donde has venido, encontrarás un camino

que sabe; una vez en ese camino continúas siempre recto: el cielo está al estremo.

— ¿No se puede uno equivocarse?

— No.

— Muchas gracias.

— No hay de qué.

Pluton cerró la puerta, y Mastrilla tomó el camino del cielo.

Subió durante un dia, una noche y otro dia; luego continuó subiendo todavía durante una noche, y encontró una puerta. Esta era la puerta del cielo. Mastrilla llamó á la puerta. Apareció San Pedro.

— ¿De dónde vienes? preguntó San Pedro.

— Vengo del infierno, respondió Mastrilla.

— ¿Qué quieres!

— Quiero entrar.

— ¿Quién eres?

— Soy Mastrilla.

— ¿Cómo! exclamó San Pedro. ¡tú eres Mastrilla el bandido, Mastrilla el ladrón, Mastrilla el asesino, y quieres entrar en el cielo!

— ¡Caramba! no se me quiere en el infierno, dijo Mastrilla; preciso es que yo tenga algun sitio.

— ¿Y por qué no te quieren en el infierno?

— Porque he sido toda mi vida devoto de San José.

— ¡Aqui tenemos otro! dijo San Pedro; ¡esto no concluirá! ¡pero tanto peor, á fé mia! estoy cansado de oír siempre la misma cancion. ¡No entrarás!

— ¿Cómo! ¿no entraré?

— No.

— ¿Y dónde quereis que vaya?

— ¡Vete al diablo!

— De alli vengo.

— ¡Pues bien! vuelve allá.

— ¡Ah! ¡No, no! ¡concededme gracia! está demasiado lejos; estoy rendido. Heme aqui, me quedo.

- ¡Cómo! ¿te quedas aquí?
- Sí.
- ¿Y esperas entrar á mi pesar?
- Lo espero.
- ¿Y con quién cuentas para eso?
- Con San José.
- ¿Quién me llama? preguntó una voz.
- ¡Yo! ¡yo! exclamó Mastrilla que reconoció á San José, el cual pasando por casualidad habia oido pronunciar su nombre.
- ¡Vamos! dijo San Pedro, ¡no faltaba mas que eso!
- ¿Qué hay? preguntó San José.
- Nada, dijo San Pedro; absolutamente nada.
- ¡Cómo nada! exclamó Mastrilla: ¡llamais á eso nada! ¡me enviáis al infierno, y no quereis que grite!
- ¿Por qué enviáis á este hombre al infierno? preguntó San José.
- Porque es un bandido, respondió San Pedro.
- Pero acaso se haya arrepentido á la hora de su muerte.
- ¡Ha muerto impenitente!
- ¡Eso no es cierto! exclamó Mastrilla.
- ¿A qué santo te has encomendado al morir? preguntó San José.
- A vos, gran santo, á vos, en persona á vos á y no á otro alguno. Sino que es por envidia por lo que San Pedro hace eso.
- ¿Quién eres? preguntó San Jose.
- Soy Mastrilla.
- ¡Cómo! ¿eres Mastrilla, mi buen Mastrilla que todos los dias me hacias oracion?
- Soy yo mismo en persona;
- ¿Y que en el momento de tu muerte, te has dirigido á mí, directamente á mí?

- A vos solo.
- ¿Y quiere impedirte la entrada?
- Si no hubiéseis pasado por ahí, todo habia concluido.
- Mi querido San Pedro, dijo San José tomando un aire digno, espero que dejareis pasar á este hombre.
- No, á fé mia, dijo San Pedro; ó soy portero ó no lo soy. Si no están contentos de mí, que se me destituya; pero yo quiero ser amo de mi puerta, y no levantar el picaporte sino cuando me acomode.
- Pues bien, entonces, dijo San José, no tendreis nada que oponer á que elevemos el asunto á Dios. No le disputareis el derecho de abrir el paraiso á quien le agrade.
- ¡Sea! Vamos á Dios.
- Pero dejad entrar al menos á este hombre.
- Que espere á la puerta.
- ¿Qué debo hacer, gran santo? preguntó Mastrilla. ¿Será preciso que atropelle la consigna, ó que obedezca?
- Espera, amigo mio, dijo San José, y si no entras, yo soy quien saldrá; ¿lo oyes?
- Esperaré, dijo Mastrilla.
- San Pedro cerró la puerta, y Mastrilla se sentó en el umbral.
- Los dos santos fueron en busca de Dios; al cabo de un instante le hallaron.
- ¡Todavía mas! dijo Dios, oyendo el ruido que hacian los dos santos al entrar; ¡pero no podremos estar con tranquilidad diez minutos! ¿Qué se me quiere? les dijo.
- Señor, dijo San Pedro, es San José...
- Señor, dijo San José, es San Pedro...
- ¡Siempre estais disputando! ¿estaré, pues, eternamente ocupado en poner paz entre vosotros?
- Señor, dijo San José, es que San Pedro no quiere dejar entrar á mis devotos.

— Señor, dijo San Pedro, es que San José quiere hacer entrar á todo el mundo.

— ¡Y yo os digo que sois un egoista! replicó San José.

— ¡Y vos un ambicioso! replicó San Pedro.

— ¡Silencio! dijo Dios. Veamos, ¿de qué se trata?

— Señor, preguntó San Pedro, ¿soy portero del Paraíso ó nó?

— Lo sois, podría encontrarse otro mejor, pero en fin, lo sois.

— ¿Tengo derecho de abrir ó cerrar la puerta á todos los que se presenten?

— Lo teneis; pero ya comprendeis que es preciso ser usto.

— ¿Quién es el que se presenta?

— Un bandido, un ladrón, un asesino.

— ¡Oh! dijo Dios.

— Que acaba de ser ahorcado.

— ¡Oh! ¡oh! ¿es eso verdad, San José?

— Señor... respondió San José un poco embarazado.

— ¿Es eso verdad? sí ó no, responded.

— Hay en ello verdad, dijo San José.

— ¡Ah! dijo San Pedro triunfante.

— Pero ese hombre siempre me ha sido muy particular devoto y no puedo abandonar á mis amigos en la desgracia.

— ¿Cómo se llamaba? preguntó Dios.

— Mastrilla, respondió San José con cierta vacilacion.

— Esperad, esperad, dijo Dios buscando en su memoria: ¡Mastrilla, Mastrilla! yo conozco ese nombre.

— Un ladrón dijo San Pedro.

— Sí.

— Un bandido, un asesino.

— Sí, sí.

— Que estaba en el camino de Roma á Nápoles, entre Terracina y Gaeta.

— Sí, sí, sí.

— Y que saqueaba todas las iglesias.

— ¡Cómo! ¿y es á ese hombre á quien quieres hacer entrar aquí? preguntó Dios á San José.

— ¿Y por qué no? dijo San José; el buen ladrón está aquí perfectamente.

— ¡Ah! ¿lo tomas en ese tono? dijo Dios, para quien aquel reproche era tanto mas sensible cuanto que era lo que siempre le citaban los santos cuando se les negaba la entrada de alguno de sus protegidos.

— Es el que me conviene, dijo San José.

— ¡Bueno! lo vamos á ver. ¡San Pedro!

— ¡Señor!

— Os prohibo permitir la entrada á Mastrilla.

— Reparad en lo que mandais, señor, replicó San José.

— San Pedro, os prohibo permitais la entrada á Mastrilla, dijo Dios: ¿lo oís?

— Perfectamente, señor. No entrará, estad tranquilo.

— ¡Ah! ¿no entrará? dijo San José.

— No, dijo Dios.

— ¿Es vuestra última resolucion?

— Sí.

— ¿Os manteneis en ella!

— Me mantengo.

— Todavía es tiempo de modificarla.

— He dicho.

— En ese caso, adios, señor.

— ¿Cómo adios?

— Sí, me voy de aquí.

— ¿A dónde?

— Me vuelvo á Nazaret.

— ¡Os volveis á Nazaret?

— Ciertamente. No deseo permanecer en un sitio donde se me trata como vos lo haceis.

— Querido, dijo Dios, esta es ya la décima vez que me haceis la misma amenaza.

- Pues bien, no os la haré la undécima.
- Tanto mejor.
- ¡Ah! ¡tanto mejor! ¿es decir que me dejais partir?
- Con toda mi voluntad.
- ¿No me deteneis?
- Me guardaré de ello.
- Os arrepentireis.
- No lo creo.
- Eso es lo que vamos á ver.
- ¡Y bien! veamos.
- Reflexionadlo.
- Está reflexionado.
- Adios, señor.
- Adios, San José.
- Todavía es tiempo, dijo San José volviéndose.
- ¿No habeis partido todavía? dijo Dios.
- No, pero esta vez parto.
- ¡Buen viage!
- ¡Gracias!

Dios volvió á sus negocios, San Pedro á su puerta, y San José entró en su casa, se puso su cingulo, cogió su palo de viage, y pasó á casa de la Madona.

La Madona cantaba el *Stabat Mater* de Pergolese, que acababa de subir al cielo. Las once mil virgenes la servian de coro; los serafines, los querubines, las dominaciones, los ángeles y los arcángeles, les servian de músicos; el ángel Gabriel dirigía la orquesta.

- ¡Psit! dijo San José.
- ¿Qué hay? preguntó la Madona.
- Hay que es indispensable seguirme.
- ¿A dónde?
- ¿Qué os importa?
- Pero en fin....
- ¿Sois mi mujer? sí ó no.
- Sí.

- Pues bien; la muger debe obediencia á su esposo.
- Soy vuestra sierva, señor, é iré á donde querais, dijo la Madona.

— Está bien, dijo San José: venid.

La Madona siguió á San José con los ojos bajos y su resignacion habitual, dispuesta siempre á dar ejemplo de deber y de virtud en el cielo como en la tierra.

— ¡Y bien! preguntó San José, ¿qué haceis?

— Os obedezco, señor.

— ¿Me seguís sola?

— Me voy como he venido.

— No se trata de eso : llevaos vuestra corte, llevadla.

La Madona hizo una señal, y las once mil virgenes marcharon detrás de ella cantando; hizo otra seña, y los serafines, los querubines, las dominaciones, los ángeles y los arcángeles le acompañaron tocando el violin, el arpa y el laud.

— Está bien, dijo San José; y entró en la habitacion de Jesucristo.

Jesucristo repasaba el Evangelio de San Mateo, en el que se habian cometido algunos errores de tipografía.

— ¡Psit! dijo San José.

— ¿Qué hay? preguntó Jesucristo.

— Hay que es preciso seguirme.

— ¿Dónde?

— ¿Qué os importa?

— Pero en fin....

— ¿Sois mi hijo? sí ó no.

— Sí, dijo Jesucristo.

— El hijo debe obediencia á su padre.

— Soy vuestro servidor, padre mio, dijo Cristo, é iré á donde querais.

— Está bien, dijo San José : venid.

Cristo siguió á San José, con esa dulce bondad que te

ha hecho tan fuerte, y aquella humildad que le hizo tan grande.

— ¡Y bien! preguntó San José, ¿qué haceis?

— Os obedezco, padre mio.

— ¿Me seguís solo?

— Me voy como he venido.

— ¡No se trata de eso; llevaos vuestra corte, llevadla!

Jesús hizo una seña: los apóstoles se colocaron á su alrededor; Jesús elevó la voz y los santos, las santas y los mártires acudieron al punto.

— Seguidme, dijo Cristo.

Y los apóstoles, los santos, las santas y los mártires marcharon en su seguimiento.

Se puso á la cabeza de la comitiva y se encaminó hácia la puerta. Detrás de él iban la Virgen y la población del cielo.

Encontraron al Espíritu Santo que conversaba con la paloma del arca.

— ¿A dónde vais así? preguntó el Espíritu Santo.

— Vamos á hacer otro Paraíso, dijo San José.

— ¿Y por qué es eso?

— Porque no estamos contentos en este.

¿Pero y Dios?

— A Dios le dejamos.

— ¡Oh! aquí hay algun error dijo el Espíritu Santo,

¿Me permitís que vaya á conferenciar con el Señor?

— Id, dijo San José, pero despachad pronto, porque tenemos prisa.

— Voy y vuelvo volando, dijo el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo entró en el oratorio de Dios y fué á posarse sobre su hombro.

— ¡Ah! ¿sois vous? dijo Dios, ¿Qué noticia traeis?

— ¡Una noticia terrible!

— ¿Cuál?

— No sabeis nada?

— No.

— San José se marcha de aquí.

— Soy yo quien le he dicho que se marchara.

— ¿Vos, Señor?

— Sí, yo. No habia medio de vivir con él; todos los dias teniamos nuevas pretensiones, muchas exigencias. Se hubiera dicho que era aquí el amo.

— V bien ¡la habeis hecho buena!

— ¿Cómo?

— Se lleva la Virgen.

— ¡Bah!

— Se lleva á Jesucristo.

— ¡Imposible!

— La Virgen lleva consigo las once mil vírgenes, los serafines, los querubines, las dominaciones, los ángeles, los arcángeles.

— ¡Qué me decís!

— Cristo se lleva los apóstoles, los santos, las santas y los mártires.

— ¡Pero eso es una defeccion!

— General.

— ¿Qué me va á quedar á mí?

— Los profetas Isaias, Ezequiel y Jeremias.

— Pero me voy á morir de fastidio!

— Es claro.

— Os habreis engañado.

— Mirad.

Miró Dios por aquel mismo balcon donde le vió nuestro gran poeta Beranger, y descubrió una multitud inmensa que se apiñaba hácia la puerta del paraíso; todo lo demas del cielo estaba vacío á escepcion de un rincóncito donde conversaban los tres profetas.

Comprendió Dios de una sola mirada la situación crítica en que se encontraba.

— ¿Qué es preciso hacer? preguntó Dios al Espíritu Santo.

— ¡Toma! dijo este, yo no conozco la cuestion.

Refirióle Dios todo lo que habia pasado entre él y San José con motivo de Mastrilla, y como habia dado la razon á San Pedro.

— Es una falta, dijo el Espíritu Santo.

— ¡Cómo, es una falta! exclamó Dios.

— ¡Oh! Dios mio, sí. No se trata aquí del mayor ó menor mérito del protegido; trátase del mayor ó menor poder del protector.

— ¡Un pobre carpintero!

— Hé ahí lo que es haberle colocado en buena posicion. abusa de ella.

— ¿Pero qué hacer?

— No hay mas que un medio: es preciso pasar por lo que quiera.

— Pero él es capaz de imponerme nuevas condiciones.

— Es preciso aceptarlas inmediatamente. Cuando mas tardeis será mas exigente.

— Id, pues, á buscarle, dijo Dios.

— Voy allá, dijo el Espíritu Santo.

De un impulso de sus alas llegó el Espíritu Santo á la puerta del Paraiso: nada habia cambiado; San José tenia la mano en la llave; y todos esperaban á que abriese la puerta para salir con él. En cuanto á San Pedro, en su cualidad de apóstol se habia visto obligado á colocarse entre el acompañamiento de Cristo.

— Dios os llama, dijo el Espíritu Santo á José.

— ¡Ah! puede considerarse feliz! dijo este.

— Está dispuesto á hacer todo lo que querais.

— Bien sabia yo que vendria á parar á esto.

— Podeis volver á enviar á cada uno á su sitio.

— No, no; antes por el contrario; suplico á todos me

esperen aquí. Si no nos entendiésemos, seria cosa de tener que volver á empezar.

— Esperaremos, dijeron la Virgen y Cristo.

— Está bien, replicó San José.

Y precedido del Espíritu Santo fué á ver á Dios.

— Señor, dijo el Espíritu Santo entrando el primero, hé aqui á San José.

— ¡Ah! que se tenga por dichoso, dijo Dios.

— Ya me habia yo anticipado á vos, respondió San José.

— ¡Mala cabeza!

— Escuchad, ó uno es santo ó no lo es; si es uno santo, preciso es tener el derecho de hacer entrar en el paraiso á aquellos que lo reclaman de vos; si nó lo es, es preciso irse á otra parte.

— Está bien, está bien; no hablemos mas de ello.

— No, por el contrario, hablemos de ello; se ha concluido por hoy pero volverá á empezar mañana.

— ¿Qué quieres? veamos.

— Quiero que todos aquellos que tuviesen confianza en mí durante su vida, puedan contar conmigo despues de su muerte.

— ¡Cáspita! ¿sabes lo que pides?

— Lo sé perfectamente.

— Si yo diese semejante privilegio á todos...

— En primer lugar, yo no soy como todos...

— Veamos, transigremos.

— O admitir ó negar.

— ¿La cuarta parte?

— Me voy,

Y San José dió un paso,

— ¿La mitad?

— Adios.

Y San José llegó á la puerta,

— ¿Las tres cuartas partes?

-- ¡Buenas noches!

Y San José salió.

-- ¿Y se marcha sin mas ni mas? preguntó Dios.

-- ¡Ni mas ni menos! respondió el Espíritu Santo.

-- ¿No se vuelve?

-- Ni piensa en ello.

-- ¿No detiene su paso?

-- Se echa á correr.

-- Volad á él, y decidle que vuelva.

El Espíritu Santo voló hasta San José y le trajo con dificultad.

-- ¡Y bien! dijo Dios, puesto que el amo aquí sois vos, y no yo, se hará lo que quereis.

-- Enviad á buscar al notario, dijo San José.

-- Cómo, ¡el notario! exclamó Dios; ¿no os fiais en mi palabra?

-- *Verba volant*, dijo San José.

-- Llamad á un notario, dijo Dios.

Se llamó al notario, y San José es poseedor hoy de una acta perfectamente en regla, que le autoriza poder hacer entrar en el paraíso á todo el que le es devoto.

Ahora bien, os pregunto yo, ¿puede contentarse un santo como San José con una mala vela, como si fuera un santo de tercero ó cuarto orden? ¿no merece un reverbero?

-- ¡Merece diez, veinte, ciento! exclamaron los lazzaroni. ¡Viva San José! ¡Viva el padre de Cristo! ¡Viva el marido de la Madona! abajo San Pedro.

Aquella misma noche hizo el padre Rocco encender diez reverberos en la calle de San José. Al día siguiente hizo encender veinte en las calles adyacentes; al otro hizo encender ciento en las inmediaciones; todo para mayor gloria del santo á quien la historia que acababa de referir habia improvisado tan grande popularidad.

Así fué como los reverberos de la calle de San José, desbordando por un extremo en la calle de Toledo y por el otro en la plaza de Santa Medina, concluyeron poco á poco por deslizarse, gracias á la piadosa estratagemá del padre Rocco, en las calles mas sombrías y desiertas de Nápoles.

FIN DEL TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"DE LOS REYES"
CALLE DE MONTERREY, MEXICO

INDICE

TOMO PRIMERO

Introducción	1
------------------------	---

PARTE PRIMERA.

I. — Osmin y Zaida	5
II. — Los caballos espectros	17
III. — Chiaja	30
IV. — Toledo	46
V. — Otello.	56
VI. — Forcella.	66
VII. — Gran gala.	93
VIII. — El lazzaroni.	107
IX. — El lazzaroni y el inglés.	121
X. — El rey Nasone.	135
XI. — Anécdotas.	157

XII. — La manía del rey Nasone.	170
XIII. — Anécdotas.	180
XIV. — Los Vardarelli.	193
XV. — La gettatura	211
XVI. — El príncipe de***.	220
XVII. — El combate.	237
XVIII. — La bendición paternal	251
XIX. — San Genaro, mártir de la Iglesia.	267
XX. — San Genaro, y su córte.	293
XXI. — El milagro.	301
XXII. — San Antonio usurpador.	313
XXIII. — El capuchino de Resina	329
XXIV. — San José.	330

FIN



